

ISSN:1665-7241

Q

212
SEP / 22

\$50.00 www.laquincena.mx



El teatro de la vida

**Luis Martín
a sus 80**



Caricatura de Gerardo Cantú



facebook

15diario TV

YouTube

Desde Monterrey, Nuevo León, México



Director

Luis Lauro Garza

Editora

Adriana Garza

Arte y diseño

Martín Ábrego Parra

Comunicación e imagen

Irgla Guzmán

Publicidad

Gerardo Martínez

Fotografía

Rogelio (Foko) Ojeda

Ilustraciones

Salvador (Chava) González

Asesor legal

Luis Frías Teneyuque

La Quincena / revista mensual / septiembre 2022

Editor responsable: Luis Lauro Garza

Número de Certificado de Reserva otorgado

por el Instituto Nacional de Derecho de Autor:

04-2003-0828156343200-102

Número de certificado de Licitud de Título: 12926

Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499

Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de

la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial

La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey,

Nuevo León, C.P. 64000,

Tel. (81) 19352363.

Correo electrónico: laquincena@gmail.com

Página web: www.laquincena.mx

Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Alfonso

Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey,

Nuevo León.

Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

3 Caricatura de Gerardo Cantú

4 Índice

5 En los 80 años de un hombre de teatro

Alfonso Teja

6 Nuestra idiosincrasia se forjó en el campo

Luis Martín

7 Todos los Juanes del mundo

Roberto M. Espejo

8 Luis Martín: nada se acaba y todo empieza siempre

Eloy Garza

10 A los 80 años, "falta lo más hermoso todavía"

Morena González

11 "El viejo trueno de Nuevo León"

Ricardo Marcos G.

12 Luis Martín: un vínculo invisible

Javier Serna

16 Generación Alba

José de la Luz Lozano

18 Luis Martín, editor

Juan José Cerón

20 Luis Martín, del teatro y para el teatro

Sabina Berman

21 Cálido, enérgico, constructor...

Miguel Sabido

22 Esperando a Miller

Fernando de Ita

23 Gran entusiasta y especialista

Héctor Herrera

24 Conozco de primera mano sus múltiples facetas

Héctor Romero-Lecanda

25 Maestro de maestros

Guadalupe Treviño

26 Fotografía

28 ¡Que viva Luis Martín!

Hernán Galindo

29 Con el afecto de siempre

Saskia Juárez

30 LMG, legado cultural en México

Leticia Treviño

31 80 Aniversario del Maestro

Francisco de Luna

32 Agradecida con su ardid

Karina Esquivel

33 Coherente en el teatro y en la vida

Dante Vargas

34 La oportunidad de acompañarlo

Yojana Góngora

35 La temporada continúa

Alfonso Teja

36-50 Anexo Fotográfico

36 Teatro Experimental

37 Teatro del absurdo

38 El Negrito

39 Inauguración del Teatro Arlequín

40 Inauguración Teatro Mayo

41 Foro PROTEAC

42 Medea foto

43 Medea ilustración

44 Cheri

45 Con Sergio Magaña

46 Andrócles y el león

47 Los hijos de Sánchez

48 Las troyanas

49 El deseo

50 Cayendo con Victoriano

En los 80 años de un hombre de teatro

Alfonso Teja

Primera llamada, ¡primera!

El Teatro es una de las actividades culturales más antiguas. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, con la representación escenificada de mitos y ceremonias. En la Grecia clásica el teatro había alcanzado gran perfección como herramienta de comunicación y educación. La dramaturgia, el género literario que nutre a la representación escénica, ha sido siempre en todos los tiempos, en todas las lenguas y en todos los pueblos, un destacado emblema de su alcance y desarrollo cultural.

Segunda llamada, ¡segunda!

Naturalmente, la evolución del arte dramático, a lo largo del tiempo y ancho mundo, devino en una muy variada y versátil riqueza de formas y componentes que, no obstante, usualmente requiere de tres pilares imprescindibles: el autor, o dramaturgo; los actores y actrices; y el director, que puede ser alguno de los antes mencionados, pero en todo caso, es el responsable de dar coherencia y carácter a todo el conjunto.

En este entorno ofrecemos este reconocimiento colectivo para un hombre de teatro, que ha dado presencia histórica internacional, a nuestra escena teatral mexicana y regional, haciendo escuela y dotándola de fortaleza: el maestro Luis Martín.

Tercera llamada, tercera:

¡Comenzamos...!

Editor responsable de este número: *Alfonso Teja.*

Fotografía de portada: *Rogelio (Foko) Ojeda.*

Diseño de portada: *Martín Ábrego Parra.*

Nuestra idiosincrasia se forjó en el campo

Luis Martín



Luis Martín con su abuela Wenceslada Vela de Gutiérrez. Rancho San Rafael, Los Nogales, en Agualeguas, Nuevo León. 1945.

Una gran parte de los nuevoleonenses nacidos en Monterrey hacia los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, tuvimos siempre una estrecha liga con los pueblos de nuestros padres, que eran oriundos de diversos municipios de Nuevo León, así como de Coahuila y Tamaulipas. En otros casos, no solamente los padres, sino también los hijos habían nacido en

el medio rural, aunque radicaban en Monterrey para avanzar en sus estudios superiores. Para unos y para otros casos, los periodos vacacionales se pasaban casi siempre en “el rancho”. Fue entonces “el rancho” donde gran parte de nosotros refrendamos la identidad y nos percatamos de nuestra naturaleza, del inmenso valor que significa ser de un lugar determinado, vivir en sus formas

de vida y guardarlas entrañablemente.

Es esencialmente en el campo, donde se preserva de manera más limpia la idiosincrasia de una región...

* *Fragmento de la Introducción de su libro: Raíces de la Música Regional de Nuevo León.* Conarte, 2006.

Todos los Juanes del mundo

Roberto M. Espejo



Fotografía: Roberto Maldonado Espejo.

Habíamos estado caminando por el barrio Les Marais y tomamos café en la Plaza de los Vosgos, al día siguiente seguiríamos nuestra vagancia hacia otros lares. Nos encaminamos al fin de una arca hacia la Casa de Víctor Hugo y nos sentamos en el quicio de una ventana del salón donde estaba la foto del escritor. Jean Valjean es Juan de Juanes, Juan de las Pelotas, cualquier Juan, todos. Le dije a Luis recordando las casi dos mil

páginas de *Los Miserables*.

Es fácil imaginar que desde esa casa se escriba sobre los pobres –seguí con mi perorata– pero para construir un personaje de ese tamaño, Víctor Hugo tuvo que imaginarse a sí mismo con otro origen, como si hubiera nacido pobre. Entonces, como un gruñido y respirando fuerte, Luis Martín me dijo: eso hacemos los actores, pero no imaginamos, somos otro en el escenario y a veces a diario.

Si nuestra amistad venía de largo, ahí se hizo honda. Quien dirige actores lo hace desde otro, el Otro, así con mayúscula. Recordé “Esperando a Godot” y la puesta de “Los Hijos de Sánchez”; y “Arcadia Todas las Noches” y “Galileo Galilei”, y decidí tomarle la foto, frente a Víctor Hugo, para decirle que allí, sentado en el quicio de su ventana, estaba el Jean Valjean de todos los Juanes del mundo.

Luis Martín: nada se acaba y todo empieza siempre

Eloy Garza

Hoy, 31 de agosto del año 2072, varios jóvenes se reúnen a platicar y tomar cerveza en un bar. Son actores. O se creen actores.

Le piden consejo a un anciano flaco y melencólico que se apoya con un bastón, sobre una obra de teatro muy antigua (se escribió hace 70 años), que quieren montar de nuevo. Se titula *Civilización*.

Los temas de la obra siguen tan vigentes como en aquel entonces: la depredación de los políticos, las constructoras transas, la especulación inmobiliaria (aunque antes los edificios se construían con materiales ya obsoletos, como el vidrio y el concreto).

Por supuesto, cada joven está en realidad en su respectiva casa, porque el bar donde platican con el viejo flaco y melencólico es virtual. Están en el metaverso.

La cerveza, real o virtual, eso sí, embriaga lo mismo. Los hologramas también se emborrachan y vomitan algoritmos.

“Yo vi esa puesta en escena hace muchas décadas en Monterrey”, recuerda el viejo flaco y melencólico. “No actué en ella. La montó el mejor director teatral de la época. Se llamaba Luis Martín”.

Algunos de estos jóvenes actores, o más bien, los avatares en el metaverso de estos jóvenes, se quedan con los ojos cuadrados, como si les hablaran de la prehistoria.

Saben de la trayectoria de Luis Martín y alguien les dijo por ahí que las funciones solían montarse en vivo. El público se sentaba en butacas (especie de silla-gamer), mirando al escenario. Ni siquiera existía el metaverso.

Otros desconocen quién fue Luis Martín y el viejo se los aclara pacientemente: “deben saber que ese

hombre es legendario. Dedicó al teatro su paso por este mundo y también se dio tiempo para escribir libros de historia regional, defender la arquitectura de principios del siglo XX y ser activista social”.

Y continúa el viejo flaco y melencólico: “Si quieren más información sobre don Luis Martín, visiten esos templos mágicos que ya nadie frecuenta, denominados bibliotecas. Ahí podrán leer los libros que don Luis escribió. Con algo de suerte hallarán las memorias que le publicó la UANL en el lejano año de 2023”.

“Y si me apuran con mis recuerdos, les diré que en ese mismo año de 2023 se publicó otro libro muy extenso y detallado sobre la trayectoria teatral de mi maestro, cuyo título es *Luis Martín: el engaño colorido*. Su autor fue buen amigo mío, se llamaba Eloy Garza, quien murió allá por el año de... bueno, ya no me acuerdo bien”.

Mientras el anciano diserta sobre estas personas ya finadas, los jóvenes exploran el hashtag “Luis Martín”, para confirmar que el viejo les cuenta la verdad (ahora los chavos ya no son tan ingenuos ni tan confiados, como sus pobres papás aspirantes sólo a gamers).

Y en efecto. No son mentiras. Ni exageraciones. Dado que es actor, este viejo tiene estupenda memoria, porque empezó desde muy joven a pisar los escenarios (memorizar guiones es una práctica ideal para el cerebro; es gym mental).

De manera que los jóvenes en este bar virtual, o para ser más precisos, los avatares de estos jóvenes, le preguntan al viejo si no existen imágenes animadas (antes llamadas videos), sobre Luis Martín

El anciano les contesta que sí. En una red social ya discontinuada, antes conocida como YouTube, se



Civilización, de LEGOM. Museo de Culturas Populares, Barrio Antiguo. 2014.

concentran infinidad de entrevistas, conferencias, breves obras de teatro, o escenas montadas por su añorado maestro.

También en una red ya desaparecida llamada Facebook, Luis Martín solía publicar imágenes, escribir posts sobre su amistad con profesionales de las tablas, así como reflexiones sociales y especialmente críticas políticas (don Luis era muy duro e inclemente con los políticos mediocres o ladrones).

El recuerdo de las puestas en escena de Luis Martín sigue vivo, porque tocaba fibras muy sensibles para la época: cuestionaba el sistema, asumía el arte como una forma artística de protesta, creía que la imaginación era útil para juzgar y ridiculizar al poder corrupto, así como evidenciar las mentiras que subyacen en la construcción de la supuesta “civilización”.

En cada montaje, Luis Martín denunciaba tácita o explícitamente a los poderosos que nos han robado los sueños y nos han quitado cualquier alternativa para desear libremente lo que queremos.

El viejo flaco y melencólico se levanta con dificultad y remata como si hablara ante un público invisible: “Don Luis Martín me enseñó a mí y a todos los que cruzamos por su camino, que el verdadero teatro

sirve no para entretener, sino para reflexionar; no para solazarse, sino para poner el dedo en la llaga”.

A estas alturas, los jóvenes se han puesto a buscar por todos los universos paralelos la vida de Luis Martín.

Incluso a uno ya se le ocurrió revivir en holograma al maestro: escuchan la imitación fidedigna de su voz de trueno y ven sus simulacros de manoteo.

El holograma de Luis Martín regaña a un joven actor, flaco y melencólico, porque no repite a la perfección las últimas líneas de la obra *Te juro Juana que tengo ganas*.

Son esas líneas líricas y profundas que dicen: “nada se acaba y todo empieza siempre”.

Los jóvenes perciben que ese muchacho flaco y melencólico del holograma, es el mismo anciano flaco y melencólico apoyado en su bastón, con el que platican en el bar virtual.

“En efecto”, aclara el viejo: “ese personaje de *Te juro Juana...* se llama Estánfor, y yo lo interpreté muchas veces, en múltiples funciones, dirigido por mi maestro, el inolvidable director de teatro Luis Martín, a quien tantos quisimos tanto”.

Dicho esto, Dante Vargas toma su bastón y sale lentamente del bar virtual.

A los 80 años, “falta lo más hermoso todavía”

Morena González



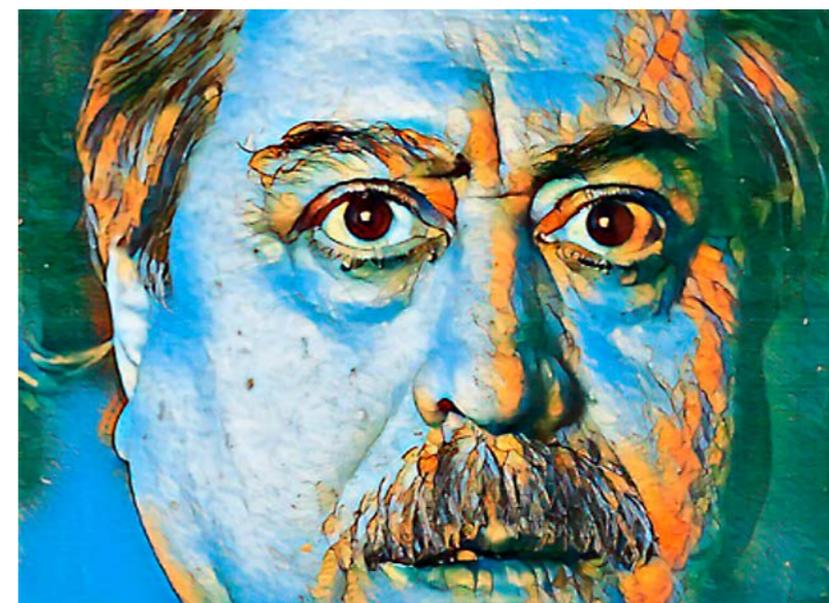
La vida de Galileo, de Bertolt Brecht. Teatro de la Ciudad. 1992.

“Durante dos mil años la humanidad creyó que el sol y todos los astros del cielo daban vueltas a su alrededor... Pero desde hoy, no todo lo que es verdad debe seguir valiendo. Todo se mueve...” Fueron las palabras de un actor corpulento y de gran voz, que llenaba con su presencia la boca del Teatro de la Ciudad. Seguí sus trazos sobre el escenario: él era el Sol que brillaba en la escena. Fue en 1992 cuando por primera vez conocí a este actor y director de gran temperamento. Encarnaba al gran Galileo. Y hoy que han pasado treinta años de aquella memorable puesta en escena, me siento muy honrada de poder referirme al gran maestro Luis Martín como amigo, un entrañable amigo. El maestro Luis Martín es historia viva del teatro regiomontano y un referente de la escena nacional. Devoto del drama social, de la complejidad del ser humano, hizo propia la obra de su maestro y amigo Emilio Carballido. Seguramente nadie ha montado más textos del maestro Carballido que Luis Martín. Tengo mucho que agradecerle al maestro, en especial cuando nos honró con su entrevista para “La

Cuarta Pared”, documental sobre los forjadores del teatro neoleonés. En una serie de entrevistas nos recordó los inicios de las artes escénicas en nuestra ciudad, nos transportó en una charla a tiempos pasados, pues además de gran ingenio, el maestro posee memoria de elefante. Hoy sigo disfrutando de las charlas, me regocijo con su plática, el recuerdo y la memoria, que se unen al mío, porque la vida lo llevó a ser amigo de mi padre. Hemos departido en largas veladas de tequila, cigarrillo y conversación del teatro y de la vida; y de la vida que es el teatro y así... hasta que cerramos el telón con el amanecer. Ahora que llega a sus ochenta años, me doy cuenta de que su alma y su espíritu... se mueven, nos mueven: sigue siendo un Sol, enseñando a brillar a quienes lo orbitan. Las palabras de Emilio Carballido siempre presentes en la memoria del maestro: “falta lo más hermoso todavía”. Gracias infinitas, querido maestro Luis Martín.

“El viejo trueno de Nuevo León”

Ricardo Marcos G.



Fotografía: Rogelio (Foko) Ojeda.

Hillaire Belloc (quien debería de ser mejor conocido y leído) fue un escritor, poeta, historiador, panfletista y activista inglés de origen francés. Debido a su fuerte carácter, incisivo y argumentador, era llamado por sus amigos “Old thunder” (Viejo trueno). No conozco en Monterrey, sus alrededores, o para concluir, el estado de Nuevo León, a ningún personaje que merezca más ese mote que Luis Martín.

Hay algo magnético en Luis; su personalidad, su sapiencia. Tuve el privilegio de iniciar una buena amistad cuando coincidimos como funcionarios culturales en el Municipio de San Pedro Garza García, más de una década atrás. Por supuesto que sabía que era una figura del teatro de Nuevo León, pero no asimilé el verdadero significado de esto hasta que lo vi actuar en “Más bueno que el pan”, una comedia de Hernán Galindo. Ahí fue la primera vez que vi esa cara de felicidad ante el público; del gran decano que parece sonreír en una mezcla improbable de complicidad y satisfacción, de haberse salido con la suya; de haber dejado algo al público. La amistad de Luis es una de esas de verdad; se basa en la lealtad, pero no en la complacencia: durante mi periodo en Conarte platicamos muchas veces: decía sin miramientos en lo que estaba de acuerdo y lo que no. Recibí de buen gusto su consejo. Me doy cuenta ahora que tenía razón en algunas de sus observaciones críticas más agudas: la experiencia le ha dado esa prerrogativa. La amistad nunca se trastocó; Luis puede ser apasionado, pero como amigo es de una pieza. Siempre estaré agradecido porque él fue el prime-

ro en creer que mi trabajo en dramaturgia valía la pena: aprendí mucho de mis conversaciones con él y el pulido de mis dos obras hasta ahora presentadas. Luis es una enciclopedia del teatro, un compendio de las posibilidades escénicas aplicadas a una obra o planteamiento.

Quienes hemos tenido el privilegio de verlo trabajar en escena (esto me ocurrió una vez, cuando era autor novel, puesto que odia que los dramaturgos estén en los ensayos corrigiéndole la plana), sabemos del detalle, de la sangre que deja en cada uno de sus montajes. Es ahí, o en las discusiones estéticas, políticas y culturales, donde se asoma con fuerza el *viejo trueno*. Nadie manotea una mesa con la fuerza volcánica de Luis; vi hacerle eso a un superior (en puesto, mas no en intelecto). Pocos hombres del teatro o de las artes han tenido la capacidad de reinventarse como Luis; de aprender algo de los nuevos caminos del teatro; por eso su longevidad, su vigencia. Nadie puede olvidar el placer de expresión cuando explica algunas ideas detrás de su trabajo escénico, cuando desmenuza ante uno a un Bernardo Reyes, o a un vendedor de música de las colonias populares.

A sus 80 años Luis Martín es un hombre en aprendizaje; por eso esta nueva década nos va a dejar más sorpresas y trabajo, conversaciones y manotazos apasionados por el mal clima cultural de Nuevo León; y también, de pronto, ese *viejo trueno* que posee la cadencia de voz ideal para cualquier momento teatral; nos dejará hablando solos del otro lado de la línea, como si cayera un telón en la conversación: ah, ese hombre de teatro.

Luis Martín: un vínculo invisible

Javier Serna

La comunidad aprendió y transmitió sus códigos morales y juicios estéticos mediante narraciones, bailes, teatro, rituales, música, juegos y deporte.

Con la aparición del Estado, el artista y éste se convirtieron no sólo en rivales en la articulación de las leyes, morales o formales, que regulan la vida en sociedad, sino también rivales en la determinación de la manera y circunstancia de su emisión.

N. Wa Thiong’o, 2011

En la trama de nuestras vidas en el teatro, porque es de teatro que estamos hablando, ha habido siempre interrogantes: ¿Cuál es el auténtico significado de nuestro trabajo?, ¿de qué manera los *personae* y arquetipos ideales en el teatro podrían explicar cómo producen la existencia del dolor y el placer, del sufrimiento, o las grandes catástrofes de aquel que habla en la tragedia?, ¿quién habla cuando alguien habla en escena... yo... usted?, ¿cómo se hace aparecer en nuestro teatro a los ‘*espíritus*’ de la tradición... la propia?, ¿cuál es la esencia y responsabilidad de nuestro hacer en el teatro mexicano?, ¿acaso deberíamos incinerar a Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Goethe, Lope o Calderón?, ¿cómo y por qué o por quién hemos decidido ser “creadores”?, ¿cómo entra uno en la escena contemporánea del Nuevo León de hoy?; más aún, ¿cómo se sale de ésta?; ¿conseguirá el artista moderno, o postmoderno, o transmoderno, preservar este legado y encontrar el equilibrio perfecto entre un momento presente y aquel pasado, lejano?, ¿y la cuestión es... cómo? Propongo aquí cuestionamientos como estos que quieren ser desarrollados de una manera respetuosa y reflexiva, para disertar a propósito de la labor de más de seis décadas, en toda una vida de teatro con Luis Martín, a propósito de su octogésimo aniversario: ¡enhorabuena!

Hemos fabricado un universo material donde hoy sólo somos capaces de comprender lo que se ofrece en apariencia a nuestros sentidos; y sin embargo hay algo más. En tanto colectividad humana transferimos normas morales, éticas y estéticas y ese código de sensaciones, ya en el arte o en la ciencia, es construido por un productor simbólico, a través de un mundo inteligible, que ha podido concebir un instrumento para ello. No obstante, dicho instrumento no podría haber sido creado íntegramente si su autor no hubiese experimentado algo similar. Hablo de la suma del conocimiento adquirido a través de la experiencia empírica y del mundo existente. Hablo de un vínculo indestructible. Éste contribuye a la continuidad de la vida en sensaciones, ideas, intuiciones y pasión. Se alimenta y nutre de sí mismo. Richard Schechner lo llama: “*conducta restaurada*”; yo lo denomino: *un vínculo invisible*.

Hace algunos días al atardecer, estaba yo sentado en

conversación con colegas en el ruidoso *Palax* de la avenida Hidalgo. De pronto se hizo un silencio en el salón; volteo y observo (en el centro del lugar un hombre con cabellos grises y la figura de una espalda descomunal apoyándose en un báculo, aún no estoy seguro si su cuerpo se sostenía en éste o era el báculo quien se apoyaba en aquella enorme figura): era el Maestro... era Luis Martín... era el *vínculo invisible*, aquel que soporta la tradición de las artes escénicas en el noreste mexicano. La fuerza viva de la presencia del artista. Los fabricantes de sueños del teatro pueden sin duda componer belleza sobre la escena, pero no necesariamente saben ni quiénes son y qué quieren en ésta. Algunos producen por producir, en lugar de crear por crear, de la sabiduría que conlleva la humildad y el respeto heredados. Esta sapiencia, los *Maestros* la poseen en abundancia y la comparten con los demás a través de dicho vínculo, no dando lecciones, sino amando generosamente, como es el caso del Maestro Luis Martín (a veces a gritos, a veces musitando, a veces jugando).

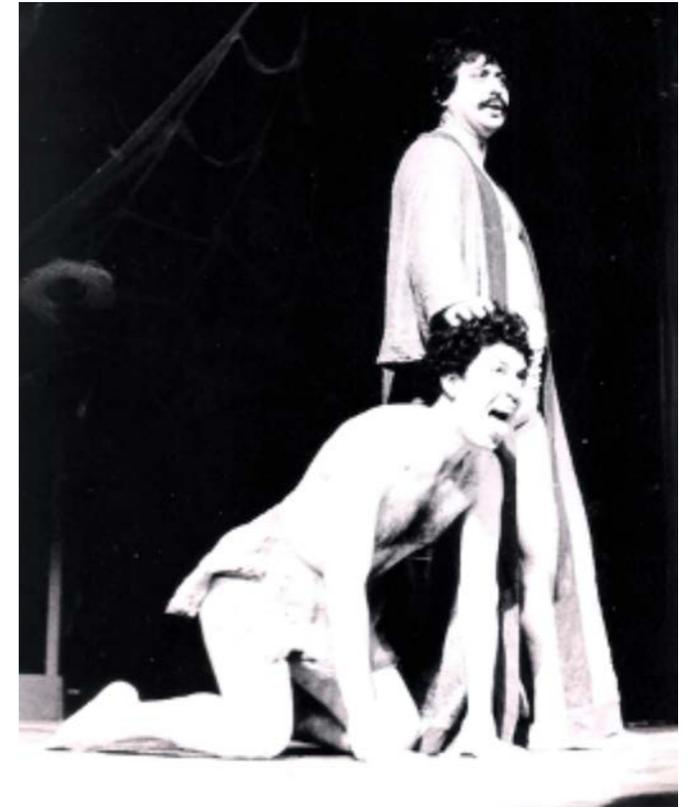
Luis Martín y yo nunca hemos sido “los grandes amigos”; nos respetamos como colegas, eso sí; yo por mi parte admiro profundamente su proyecto profesional y profesionalizante en activo hasta el día de hoy en sus venturosos ochentas. Es mi propósito en esta celebración encontrar el tono justo para hacer apenas un apunte sobre su extensa obra en la propuesta estética y creativa, apoyado desde mi entender sobre el quehacer de este prolijo realizador norteño en todos sus aspectos: teórico, práctico, creativo, tanto en sus montajes, dramaturgia, periodismo, gestión cultural y en su obra crítica, que él ha escrito y se ha escrito sobre él en su proyecto de vida profesional, haciendo énfasis sólo en algunos aspectos fundamentales de su vasta labor, misma que se renueva una y otra vez en el devenir de su vida, reflejada en conceptos vitales de sus procesos creativos como: *La Relación Actor y los Espacios; La Relación Actor y Público; La Relación Actor Social y su Vida Interior*. De dichos proceso me ocuparé aquí, puesto que son estos que han producido al artista maduro en su trabajo como creador, un Luis ya en total control de un cuerpo, una voz, una inteligencia, una creatividad y emociones propias, para así conquistar su espacio, *libérrimo*, un lugar propio para la profesionalización del arte y los artistas de Nuevo León, su entrañable comunidad cultural.

En su primera etapa está la relación actor/director y los espacios con recursos mínimos. Desde su adolescencia, Luis desarrolla el concepto al que asocia todo su teatro con la diversidad de la tendencia universal, aunque siempre arraigado a sus raíces y memoria, siempre en el propósito de despejar dudas sobre su significado, Luis, el joven *actor/director* fue haciendo énfasis en el trabajo de la (re)presentación teatral realizando proyectos y fundando grupos, asociaciones y compañías, ya estudian-

tiles, ya profesionales y sociales en espacios tradicionales y otros no convencionales. Entre los diversos autores que consolidaron el proyecto y las inclinaciones estéticas del Maestro Luis Martín destacan las leyendas del teatro mundial: Eugene Ionesco, William Shakespeare o Bertolt Brecht. Siempre, claro está, sin abandonar un proyecto de descentralización nacional de las artes, cuyo respaldo lo va encontrando en algunas instituciones y universidades, además de nuestras propias leyendas: Rodolfo Usigli, Emilio Carballido, Antonio González Caballero, Carlos Olmos, Altair Tejeda, Alejandro Ricaño o Legom, entre muchos otros; un proyecto profesional que ha identificado con los conceptos fundamentales que se renuevan en su trabajo teórico-práctico, elementos vitales en sus procesos creativos, investigativos y de montaje escénico.

Antes apunté *libérrimo* porque la libertad de un espacio escénico, en términos de filosofía del arte, sigue estando mucho más allá de nuestra comprensión y reglamentos *ñoños*. El espacio escénico implica, en términos del Maestro Luis Martín, que cada cosa bajo el sol en la escena es posible: “un hombre puede convertirse en gemelos, cambiar de categoría racial o sexual, ya sea en su pasado, en su presente, o su futuro, una versión cómica de sí mismo, ser ninguno de ellos, y todos al mismo tiempo”, como decía Peter Brook. Ser actor sin nada impuesto, es la impresión resultante en la conquista de libertad escénica absoluta, que pareciera, éste, ser el tema de Luis. Y hablo con pleno conocimiento de causa. He tenido el privilegio, como actor, de compartir la escena con Luis en aquel montaje memorable de *El Arquitecto y el Emperador de Asiria*, de Fernando Arrabal. Su libre ‘*flow*’ como actor en escena ha sido para mí una verdadera inspiración; o lo que ahora algunos jóvenes artistas han dado en llamar una *Master Class*. Luis Martín ve desde muy diversos ángulos al teatro en general, dotándole con perspectivas muy amplias, mismas que muchas veces son fruto de la capacidad que él tiene como *actor/director*. Así, en la visión del Maestro, ni Ionesco o Carballido, ni el teatro del absurdo o el costumbrista, ni el teatro de la crueldad o el distanciamiento brechtiano buscan exageraciones ni idealizaciones irreales, no buscan lo irreal por buscarlo. El maestro ha podido emplear ‘lo irreal’ para hacer serias exploraciones, ya que supo observar la falta de verdad en nuestros intercambios cotidianos, sin llevarlo a lo ‘*chabacano*’, cosa que ha sabido sortear siempre. Pero las acciones y las ideas nunca son para siempre: tienen que aplicarse al momento y a un proceso, cada nueva generación está obligada a un ‘*retorno*’, a recorrer el camino completo, paso a paso y Luis ha sabido pasar la estafeta asumiéndose como un *vínculo invisible*.

Hablemos entonces de un segundo momento fundamental en la carrera profesional y profesionalizante del Maestro, a partir de *La Relación Actor y Público*, donde él se propuso vehementemente lograr el crecimiento del artista local, empujándolo hacia un auténtico acercamiento a la maduración profesional y la creación profesionalizante de públicos: Luis Martín funda Proteac. En verdad, la idea del ‘*retorno*’ referida antes y que nos interesa explorar no busca “la respuesta” o “un ciclo” en los ayer; antes por lo contrario, es la que actúa a distintas escalas mediando ambos mundos. Es claro que durante toda la vida artística de Luis Martín, el concepto de la relación público-intérprete ha sido fundamental. Él ha insistido en este concepto desde sus primeras hasta sus últimas publicaciones, y



El arquitecto y el emperador de Asiria, de Fernando Arrabal. Teatro Monterrey del IMSS. 1974. Dirección: Sergio García.

sigue hablando de esta problemática en sus últimas entrevistas. Luis Martín y su equipo de profesionales del teatro siempre tuvieron una manera muy particular de acercarse al público, a partir de sus descubrimientos en la escena profesional. En sus más de cuatro décadas de vida errante e itinerante, Proteac (Profesionales del Teatro A.C.), fundado en 1981, en la ciudad de Monterrey, con el propósito de producir e impulsar con dignidad el oficio teatral, se ha mantenido vigente por más de cuarenta años; este equipo, aunque ha estado en mudanza constante, se acostumbra a encontrarse con el espectador en su propio terreno, para echar a andar juntos sus exploraciones, como lo dice el mismo Luis en sus entrevistas acerca de la idea de su teatro en esta época: “nuestra imagen del teatro era la de contar una historia, y el propio grupo representaba a un contador de cuentos con muchas cabezas”. Para Luis es más importante la sensibilidad entre los actores y su público, que el mismo deseo de la propia expresión. Precisamente por esta urgencia de descubrir una relación de comunicación, participación, comunión y de un teatro que le hable directamente al espectador, nuestro *actor/director* emprende este viaje con preguntas como: ¿en qué condiciones es posible este encuentro?, ¿a partir de qué se genera la experiencia teatral?, ¿qué o quién establece el vínculo entre definición del tiempo y construcción histórica, consecuencia de la acción humana?

Para Luis Martín, el público debe ser el componente más importante, del *convivio* (diría Jorge Dubatti), junto con el actor. Siempre un público se reúne para un propósito común: participar de un espectáculo artístico determinado. Este público deja de ser simplemente un grupo de gente para fundirse en un alma colectiva con todas sus características: desaparición del individuo como tal, nota-

ble aumento de las emociones y sensible disminución de la agencia individual. Este mismo fenómeno lo observamos todos los días en las reuniones o en las asambleas, en donde tanto las personas cultas como las menos cultivadas pierden igualmente su capacidad crítica, siempre que el orador sepa cautivar a su auditorio, claro está; en el caso del teatro es importante que la presentación logre *ilusionar* al público. Cuando a una representación asiste poco público, o un público difícil y frío, como ocurre ocasionalmente en los estrenos, y no se logra fusionar dicho *convivio* en un *alma colectiva*, el actor lo experimenta en seguida, y no es capaz de desarrollar el mismo trabajo artístico como cuando se enfrenta con un público que responde, cuando se establece la *comunión*, por decirlo a la manera de Jerzy Grotowski.

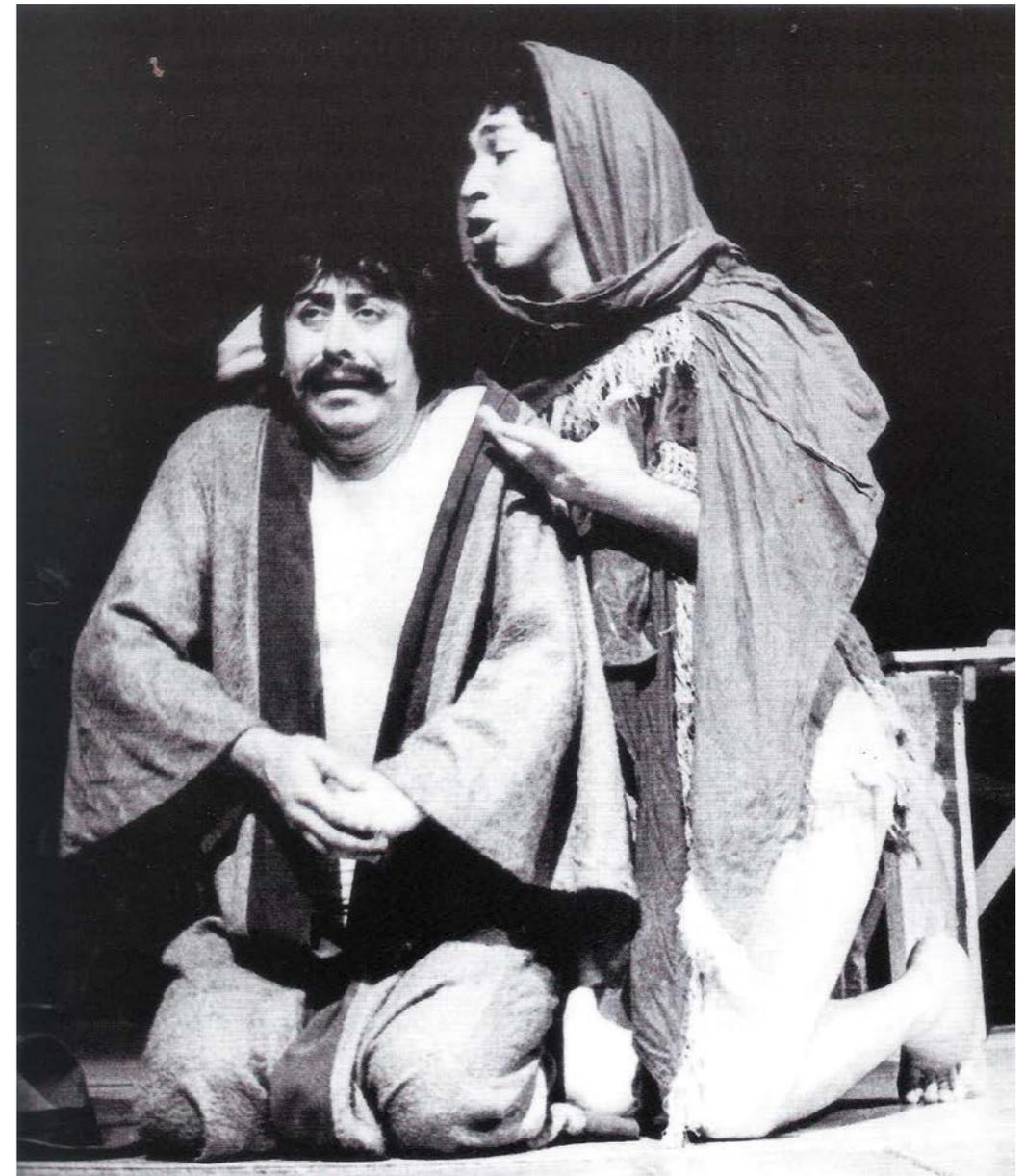
A juzgar por lo más reciente de su producción y sus entrevistas, Luis considera que nuestro teatro local en la actualidad debe eludir la tentación de crear otro mundo más allá de la cuarta pared, para que el espectador se escape hacia él. En cambio, debería intentarse crear una percepción y recepción mucho más intensa en el corazón mismo de nuestro propio entorno paradigmático. “Hay que buscar otras fórmulas en las que el artista pueda hacer llegar su obra al público. Públicos que no tengan que pagar grandes cantidades por un espectáculo, es importantísimo fomentar la creación de una cultura alternativa. Hacen falta teatros de cámara en la ciudad. ¿Por qué? Porque el movimiento local amerita lo propio”. Él considera que si se busca que el actor esté en un nivel acorde con el espectador, entonces se deben crear las condiciones para esto; para él la representación debe convertirse en un encuentro, en una relación dinámica entre un grupo que ha recibido una preparación especial y otro grupo, el público, que no necesariamente tiene la misma preparación. Nuestro teatro debe dar a este microcosmos que forma el público la maravillosa y mágica sensación de estar en este mundo, nuestro mundo aquí y ahora, para poder integrarse y transformarse. Propiciar esta necesidad de compartir la igualdad de condiciones entre actor y espectador. Luis ha cultivado una estética del acercamiento tanto en el nivel de *La Relación Actor y los Espacios*; como en el de *La Relación Actor y Público*. Lo que interesa son las historias contadas por personas al mismo nivel; lo que nos lleva al tercer tema: *La Relación Actor Social y su Vida Interior*.

Concluyo mi reflexión hablando sobre ésta, *La Relación Actor Social y su Vida Interior* a propósito de seis décadas de militancia, teatro y vida de Luis Martín en activo. El verdadero actor, decía mi maestro Christopher Fettes, es al mismo tiempo la imitación de la verdadera persona; éste es alguien que está expuesto en todas sus partes remarcando sobre el mito de Prometeo: “*no te equivoques, si para tu ojo hechizado el actor aparece como el portador del fuego, es al mismo tiempo, la presa al ojo del águila. El teatro no es donde comemos sino donde somos comidos*”. Desde esta perspectiva, para un verdadero artista como Luis, la relación entre su vida social y su vida interior son una y la misma cosa, una personalidad que se ha desarrollado hasta un punto tal en que puede mostrarse por completo; con su cuerpo, con su inteligencia, con su experiencia, con sus sentimientos, de manera que ninguno de esos canales está oprimido; esto sólo lo pueden lograr ciertas disciplinas tradicionales y místicas, pero igualmente lo desarrolla el teatro, una vida en el teatro, la vida de Luis Martín en el teatro, militante dedicado a

profesionalizar teatro y teatreros en el noreste mexicano. Para ejecutar dicha acción, en apariencia sencilla, de modo que parezca tan natural como el mero hecho de caminar, él ha invertido todas las habilidades de su ser profesional en dicha empresa. Una idea, hablando de teatro, ha de transubstanciarse en algo tangible, en algo de carne y hueso, ser realidad emocional; una idea debe ir más allá de la imitación, hacer que una vida inventada sea también una vida paralela alterna, que no pueda distinguirse de la real en ningún nivel existencial.

Podría decirse que Luis suele comparar el teatro con una adicción a la memoria, a la historia, a una comunidad: “El teatro es grupal, uno solo poco haría. Junto conmigo y mi recuerdo, en mi experiencia están los actores, técnicos, escenógrafos, asistentes, músicos, productores, periodistas y publicistas, quienes con desprendimiento y entusiasmo apoyaron mi trabajo; sin su apoyo yo no estaría aquí”. Para él son experiencias paralelas. Quien toma el teatro como adicción, o mejor dicho, *quien es comido por el teatro*, logra efectivamente transformar su percepción. En el teatro está la perturbación, el impacto, la afirmación, la sorpresa, la maravilla. Para el teatro, esos momentos que abren de par en par los límites de la conciencia normal se convierten en creadores de vida. Desde mi perspectiva para el Luis *actor/director*, la existencia puede ser presentada a través de dos circunstancias que no pueden ni verse ni seguirse: la interior, que corresponde a los impulsos, a la vida secreta de cada uno; y la exterior, que presenta la vida social, las relaciones con los demás, el trabajo, lo profesionalizante. El teatro del Maestro Luis Martín en general refleja lo que sucede en dicho círculo exterior. Sin embargo, dice él que la búsqueda en el teatro requiere de un punto intermedio, lo cito: “Béquer decía: ‘cuando siento, no escribo’”. Luis le responde: “cuando siento, dirijo; si no siento, no dirijo”. El teatro tiende a expresar el mundo visible y conocido, con miras a lograr que aparezca en escena lo invisible y desconocido, para lo cual nuestro *actor/director* dispone de capacidades y recursos interiores infinitos.

El paradigma profesional de Luis Martín marca un hito en la historia del teatro del noreste mexicano al apelar, de manera no fortuita, a la búsqueda de las raíces teatrales en lugares tan remotos y ajenos como la memoria y el costumbrismo, pero actualizándose en los nuevos lenguajes. Luis Martín se inició en el mundo de los escenarios, como todo joven de su época, rompiendo con los viejos esquemas del teatro de parroquia en la escena regiomontana. Él ha sido capaz de actuar, dirigir, producir, enseñar y promover la cultura del noreste en su empeño por descentralizar el teatro y su acérrima crítica a las instituciones y al Estado. Habiendo accedido a los recintos mejor cotizados de la escena nacional e internacional, vida a la que renuncia aun cuando su nombre es sinónimo de éxito, decidió comprometerse en una proyecto profesionalizante que lo confronta con lo invisible, lo innombrado, aquello que subyace tras los tejidos del alma humana, y al final, luego de deparar junto a un grupo de artistas prometeicos por los senderos de la renuncia, luego de compartir experiencias públicas y privadas, llena con un puro y nutrido reconocimiento su vida profesional de hoy. Al final del día su vida de trabajo retorna a lo simple y lo elemental, como metáfora de lo contundente, al vacío recurrente como lienzo de trabajo del intérprete creador, el cual, gracias al arte que la vida le ha delegado realizar, dibuja e ilumina para



los demás en el mundo. El legado que Luis Martín deja a las futuras generaciones de directores es algo invaluable, es: *un vínculo invisible*.

Dije antes que el Maestro Luis Martín y yo nunca hemos sido “los grandes amigos”, que nos respetamos como colegas, eso sí. Sin embargo, cuando yo arribaba al teatro allá por los 1970’s, aunque Luis Martín ya tenía una carrera profesional consolidada, él se manifestaba y era considerado fraternalmente como amigo en comunidad, un amigo en el teatro regio. Y aunque a distancia, puesto que la polarización de los grupos, igual que ahora, existía, por alguna razón yo me sentía a través de este lazo fraterno implícito en dicha comunidad ‘*luismartiniana*’, cercano a todas y todos los pioneros del teatro: Lola Bravo, Elisa María Ortiz, Irma Morantes, Guillermo Schmidhuber, Salvador Ayala, Minerva Mena Peña, Refugio “Cuco” Barraquán, Trinidad Delgado, Víctor Tinoco, Rubén Orozco, Felipe Díaz Garza, Mariluz Salinas Surió, Julián Guajardo, Delia Garda, Sergio García, Nena Delgado, Enrique Fernández, Clemente Monárrez, Eladio “Layo” González, Rodolfo

Garza, Emma Mirthala Cantú, Rubén González Garza, y mucho otros que construyeron los cimientos de las artes escénicas en el noreste mexicano. Todos ellos constituyen, como en la fuerza de la gravedad, lo que establece eso, *un vínculo invisible* de atracción en nuestra comunidad cultural. Independientemente de los métodos, la resistencia, los materiales humanos, esta fuerza es similar a aquella con la cual todas las civilizaciones en todos los momentos históricos tuvieron que enfrentar, al margen del punto geográfico del planeta, aquello que Victor Turner llama *comunitá*. Por lo tanto, podríamos considerarla esto un factor universal. Efectivamente, propongo que el Maestro Luis Martín es *un vínculo invisible* para el teatro de Nuevo León. Aquel hombre de cabellos grises y la figura de una espalda descomunal apoyándose en un báculo, es el Maestro... es Luis Martín... *es un vínculo invisible*.

¡Larga Vida, Maestro!

Generación Alba

José de la Luz Lozano

En septiembre de 1974 cuando casi un centenar de jóvenes inquietos iniciaban la Licenciatura en Periodismo dentro de la Facultad de Derecho de la UANL. El grupo era por demás heterogéneo, compuesto por preparatorianos, jóvenes de otras carreras como Medicina, Psicología, Ingeniería, maestros del sistema estatal que buscaban ascender en su escalafón; y de entre ellos destacaba Luis Martín Garza, por su voz y por su estatura.

Fue un arranque bullicioso, porque campeaba en las aulas universitarias la inquietud de una Universidad renovada, encabezada por el nuevo rector Luis Eugenio Todd; y la Facultad era dirigida por un dinámico Neftalí Garza Contreras, quienes habían llegado a sus puestos tras polémicas elecciones de la todavía joven autonomía universitaria.

Pese a ser un reconocido actor y ser amigo de varios de los maestros que nos impartieron clase, nunca hizo alarde de su situación y entregaba tareas y trabajos como todos los demás. Hubo varias ocasiones que se ausentaba por algunos días de clases, pues seguramente andaba de gira o estaba por estrenar alguna obra en algún teatro de la ciudad o del país.

Cuando las discusiones subían de tono con temas como la autonomía universitaria, la aplanadora del PRI, la guerrilla suburbana, la desigualdad social o la violencia de Estado, las opiniones de Luis Martín eran medidas y tomadas en cuenta.

La década de los setentas fue muy violenta en América Latina, al grado que había derrocamientos militares, ya en Perú, Argentina, Bolivia, Chile,



Generación Alba de la Carrera de Periodismo (Facultad de Derecho de la UANL). De pie: José de la Luz Lozano, Javier Cavazos, Patricia Guerrero, Luis Martín, Eduardo Alvarado, Héctor Cuéllar, Edna Galán y José Luis Gibaja; sentados: Guillermina Vázquez, María Julia Lafuente, Samuel Flores Longoria (director de la carrera), Cristina Martínez y Virginia Garza. *Restaurante Tía Lencha*, agosto de 1979.

Paraguay y varios más; y eso alentaba las discusiones sobre la importancia de la democracia. En esas charlas Luis Martín tenía más experiencia, viajes y lecturas y aportaba para arribar a un mejor puerto, siempre apostando por la necesidad de una prensa libre y por la objetividad en los medios de comunicación y en los periodistas.

Para mediados de los setentas, Luis ya colaboraba en la prensa y era un agente cultural de importancia para la sociedad regia, pero nunca presumió de esa condición con sus compañeros de aula.

Para quienes tuvimos la suerte de compartir más de cerca por coincidir en equipos escolares de trabajo, disfrutamos además de su biblioteca y discoteca, de un excelente gusto por la cocina, el arte y el orden en su casa.

Debo decir que siempre fue respetuoso de todos los compañeros y en especial de las mujeres de la

generación, a las que defendía, elogiaba y apoyaba si se trataba de hacer equipo o aclarar dudas de algunas de las tareas que nos encargaban nuestros maestros.

Dialogaba con mucha confianza con Edna Galán, Virginia Garza, Margarita Valadez, lo mismo que con Elisa Navarro, Cristina Martínez y por supuesto con María Julia Lafuente.

Muy animadas conversaciones tenía con Gilberto Trejo, Héctor Cuéllar, Pedro Cepeda, José Luis Gibaja. Y si de bromear o pasar un rato ameno se trataba, ahí estaban Eduardo Alvarado, Emilio Villarreal, Javier Cavazos y Miguel González. En realidad había camaradería con todos, sin importar edad, posición social o ideología política.

En el último semestre se hicieron esfuerzos para realizar el festejo de la graduación de la Generación. Motivados por Luis Martín, acudimos a las instan-

cias de la Universidad, del gobierno del Estado y hasta a la capital, buscando apoyo de la directora de RTC, Margarita López Portillo, pero no se concretó el objetivo.

En esa etapa, en una de las amenas discusiones del grupo, buscamos bautizar a esta Primera Generación de Periodismo; y surgieron muchos nombres, pero el que prevaleció fue el de Alba, que él había propuesto, por ser la primera egresada de la Universidad y porque le recordaba a una de sus hermanas más queridas.

Hay un Luis compañero, alumno, actor, director, pero sobre todo apóstol de la Cultura, del periodismo crítico y de la amistad intensa y sincera. Bien por su 80 aniversario y su creatividad. Bien por la Generación Alba, por la ahora Facultad de Ciencias de la Comunicación y por nuestra Alma Mater, la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Luis Martín, Editor

Juan José Cerón

Aquella mañana de noviembre de 1981 me subí al automóvil de Luis Martín y nos dirigimos hacia *El Diario de Monterrey*. El camino lo recuerdo silencioso, pues los nervios me hacían callar más que de costumbre. Llegamos, nos dejaron entrar sin mayores identificaciones y ahí estaba, por primera vez ante mí, la redacción de un periódico. Caminé en silencio hasta una mesa de trabajo donde nos esperaba el diseñador César Garza. Luis Martín sacó un montón de papeles y libros que llevaba y empezó a leer en silencio textos, buscar imágenes, fotos, ilustraciones. Para este texto, me dijo, vamos a necesitar una fotografía y me lo dio a leer. Aquel Luis Martín, era muy diferente al intenso y enorme personaje convertido en director de teatro que tantas veces había visto montando escenas, corrigiendo escenografías, dirigiendo las luces, moldeando a los actores al texto de la obra. Fuera de los escenarios, en la redacción de un periódico, vimos nacer a Luis Martín, el Editor.

Aunque tenía alguna vivencia, ya la tinta le había circulado por las venas. A fines de los años 60, el periódico *El Porvenir* edita un suplemento cultural coordinado por Jorge Villegas, en el que Luis Martín empezó a colaborar con Rosaura Barahona, Roberto Escamilla, Felipe Díaz Garza y Carlos Ortiz, que era crítico de teatro en *El Norte*, pero escribía con el seudónimo: Sergio René Flores.

Ya como director de *El Diario de Monterrey*, Jorge Villegas le propuso a Luis Martín editar un suplemento cultural; y retomaron algunas ideas de aquella primera publicación, pues era un buen momento para abrir espacios que eran necesarios en esos nacientes años 80 que se distinguen, justamente, por el ímpetu cultural en Monterrey.

La danza contemporánea empezó a ganar escenarios distintos, el cine estudiantil dio sus primeros balbuceos, el teatro empezaba a madurar rápidamente, la música despuntaba con un canto nuevo, el Barrio Antiguo se perfilaba como un espacio para la cultura, y las escuelas de Comunicación florecían en diversas universidades. Era necesario un medio informativo que le diera cabida a esa efervescencia cultural.

Bajo esos destellos nació *El Volantín*, anexo cultural de *El Diario de Monterrey*. La página se publicaba los domingos, en la página 5; su Editor, Luis Martín Garza. Una estructura temática le daba cabida a infinidad de posibilidades; bajo el título de *Las letras*, Rosaura Barahona escribió *La mujer y la literatura*; en La plástica, Don Alfredo Gracia Vicente publicó *Guernica*; en Urbanismo, Felipe Díaz Garza escribió sobre *La Gran Plaza*. En los números siguientes, esa estructura temática fue creciendo: La pantalla, La escena, Los libros, Regionalismo, Poesía y Plástica, Psicología, Antropología social, La crítica, La cultura, Taller, La paradoja, La música. Prácticamente no había tema fuera del interés en *El Volantín*.

Una prioridad de este suplemento era la fotografía. Luis Martín era mi jefe en Difusión Cultural de la Universidad Regiomontana, había sido antes mi maestro en el Taller de realización cinematográfica; y posteriormente en la licenciatura de Comunicación; así que conocía mi trabajo fotográfico. Cuando me invitó a participar en *El Volantín*, acepté entusiasmado sin saber que ahí me empezaría a formar como Fotoperiodista. Si en el teatro Luis Martín ya era un formador de actores, directores, en el periodismo abrió espacios para colaboradores, fotógrafos,



Fotografía: Juan José Cerón.

ilustradores y diseñadores.

Al principio salía a tomar fotos para ilustrar algunos de los artículos que se iban a publicar, pues lo que Luis Martín buscaba era generar nuestras propias imágenes; las fotos de agencias de noticias fueron raramente utilizadas. Recuerdo una primera fotografía que no fue tomada, sino construida. Jaime Ponce hizo una crítica a la controvertida película *Cruising*, que estaba en cartelera con críticas muy encontradas. Me pidió una imagen para la crítica que iba a plana completa. Tomé una fotografía de la fachada del cine Versailles, donde se estaba exhibiendo, revelé e imprimí. La pegué sobre la bolsa trasera de un pantalón de mezclilla del que salía parcialmente un paliacate, y esa era la idea principal de la película, esos símbolos que se utilizaban para buscar una pareja sexual en lugares públicos. No había *Photoshop*, pero sí una larga tradición manual de montaje en la fotografía. Como Editor, Luis Martín provocaba la imaginación, despertaba ideas, discutía enfoques. La ironía y su sonora risa eran preámbulos de la crítica, pero una mirada con acentos de ternura, eran su mejor reconocimiento.

El 17 de enero de 1982, *El Volantín* deja de ser una sola página y se convierte en suplemento de ocho páginas. Ese mismo año, el suplemento crece a doce páginas y Luis Martín, como Editor, logra conjuntar entre sus colaboradores frecuentes a José Emilio Amores, Mario Anteo, Carlos Arredondo, Rosaura Barahona, Refugio Luis Barragán, Ignacio Basauri, Susana Canales, Gabriel Contreras, Roberto Escamilla, Alejandro Fernández, Jorge García Murillo, Alfredo Gracia, Vicente Francisco Lopezhijan, Hermila Martell, José Roberto Mendirichaga, Silvia Miya-

res, Herón Pérez Martínez, Alejandra Rangel, Xavier Rodríguez Araiza, Guillermo Shmidhuber, Altair Tejeda de Tamez y Víctor Tinoco.

Ya como suplemento, Luis Martín me dice: “la última página es solamente de fotografía; es tuya.” Con esa decisión, en la historia del fotoperiodismo regiomontano empezó a cimentarse una manera diferente de ver, de interpretar las imágenes. Salía a la calle no a “tomar” fotos, sino a entender la ciudad y “hacer” fotos que la explicaran. Me encontraba personajes en la calle, los observaba, los seguía y cuando descansaban me sentaba a su lado y empezaba a platicar; solo después de mucho rato les pedía permiso para hacerles una foto. Si aceptaban, sacaba la cámara y me “regalaban” su imagen, como me dijo con gran lucidez un bolero que me contó que de niño tomaba sangre de toro para estar fuerte.

La última página de *El Volantín* tuvo dos nombres; primero se llamó *Espejito espejito*, donde buscaba el reflejo irónico de la realidad que se envuelve en oropel; después le cambiamos el nombre a *Prisma*, en donde predominaban los retratos de personajes que descubríamos en la calle y nos contaban sus historias llenas de una fantástica realidad.

Dar libertad absoluta a la fotografía, soltar las amarras de la creatividad para que tomaran vuelo como un *Volantín*, fueron algunas de las grandes cualidades del suplemento. Llegar más allá de los sitios limitados que cotidianamente veíamos en los periódicos locales, fue la idea básica con la que trabajamos con Luis Martín, Editor.

Luis Martín, del teatro y para el teatro

Sabina Berman

Actor, director, maestro, promotor e historiador del teatro, Luis Martín en mi mente se funde con los escenarios de Monterrey y con la historia de los últimos cincuenta años del teatro mundial.

Actúo a Becket y a Ionesco. Hizo un Galileo de Brecht superlativo. Montó a Tennessee Williams. Y de los mexicanos, montó sobre todo a Carballido. Pero también a Usigli, a Rascón Banda, a Legom; y de mis obras, montó *Moliere, el dios de la risa*. Y sé que en este recuento tomado de la memoria hay olvidos numerosos –y azarosos.

Pocos hombres en México tienen una trayectoria tan larga y con éxitos tan notables. Pocos también tienen al teatro convertido en sangre que corre por sus venas.

Hablar con él de la puesta de Moliere fue para mí en su momento una fiesta. Todo lo sabía

del mecanismo teatral. Todo de la forma de lograr la emoción en los actores y el público. Y lo ejecutaba sin aspavientos, sin teorizaciones ampulosas, pero sin un solo trazo de vulgaridad.

Le salió bien ese Moliere. Recuerdo las carcajadas del público y me sonrío otra vez. Y me recuerdo del buen Luis sentada en una butaca entre las carcajadas, gozando como un niño. Su puesta fue un éxito espectacular.

Igual lo vi sufrir la injusticia de la sociedad regia más de una vez y lo lamenté. También lo entendí. Los regios no cuidan a sus artistas bien. No son los únicos que no lo hacen, pero eso no los disculpa. Por eso celebro que ahora se organice un homenaje a su fructífero trabajo, que les ha enriquecido el corazón ya muchas décadas.

¡Viva por siempre Luis Martín!

Hombre del teatro y para el teatro.

Cálido, enérgico, constructor...

Miguel Sabido

En un país aquejado, entre tantos otros dolores, por el brutal centralismo impuesto por trescientos años de colonia, permanecer con gallardía y dignidad en el lugar de origen, es cualidad admirable. No acuso a los que se ven obligados a huir a la capital; ensalzo a los que permanecen en su nido, su terruño, su aire que respiraron en el primer aliento: cálido, enérgico, constructivo. Así es Luis Martín: cálido, enérgico, constructor y, además, buen amigo y generoso funcionario.

Gracias a su audacia y generosidad pude hacer 56 funciones de “Falsa crónica de Juana la loca” en el gran teatro. Y pude llevar a Carmen Salinas –cuando toda-

vía aceptaba hacer prodigiosas imitaciones– en una Pastorela Regiomontana, escrita especialmente para esa ciudad que amo y que fue la cuna de mi abuela Julia Nava de Ruisánchez.

Qué gusto que Monterrey haga un homenaje a Luis Martín. Se lo recontra merece. Como se lo merecen la Nena Degado y Delia Garda y Hernán Galindo, y tantos otros regios que con regia dignidad luchan por el buen teatro a la sombra protectora de la silla.

Ejemplo de honradez como funcionario y como creador. Grandote por afuera y por adentro. Magnífico director y hasta actor, si se da el caso; pero sobre todo, regio-regio.

Mis respeto, gran señor.

Esperando a Miller

Fernando de Ita

Gran entusiasta y especialista

Héctor Herrera



El autor con Emilio Carballido. Archivo personal de Héctor Herrera.

Luis Martín llega a sus 80 años de vida como un compendio de lo que ha sido el teatro de Nuevo León de la segunda mitad del siglo XX a la fecha. Ha estado presente en los más relevantes episodios de la cultura del estado como estudiante, actor, director, dramaturgo, maestro, periodista, promotor cultural y funcionario. Su incansable actividad lo ha convertido en un referente del desarrollo artístico de su comunidad. En esas tareas tuvo lugar el plantón que nos dio Arthur Miller, uno de los mejores autores dramáticos de los Estados Unidos, más conocido sin embargo por la multitud como el último esposo de Marlyn Monroe.

Principio de los años 90. Luis era director del Teatro de la Ciudad de Monterrey, que gracias a él se había convertido en la sede fija de la Muestra Nacional de Teatro. Por esa fecha yo era el coordinador del Programa Nacional de Apoyo al Teatro del INBAL, encargado de organizar las muestras estatales y regionales en las que se elegía a los participantes de la MNT. Para el evento de ese año se me ocurrió invitar al señor Miller, porque mi pareja de entonces

era sobrina de la fotógrafa alemana Inge Morath, casada con el dramaturgo desde 1962.

Primero Miller dijo que no, por motivos de salud; luego dijo que sí, por presión de su mujer. Todo estaba listo para su llegada. Suite en el Hotel Ancira; comité de recibimiento con lindas edecanes con ramos de flores en los brazos; expectación de la República del Teatro reunida en Monterrey; yo con mis fachas de siempre, Luis con su mejor traje. Llegó el avión correspondiente y a todos se nos dibujó sinceramente una sonrisa en los labios. No era para menos. El autor de *La muerte de un viajante* y *Las brujas de Salem* estaba por pisar tierra regia para convivir con los cómicos del país.

Bajaron varios gringos tan altos como Miller y en cada ocasión pusimos cara de circunstancia, pero el señor Miller no apareció. Se marchitaron las flores, se amargaron las sonrisas, se endureció la mirada de Luis. No me cortaron la yugular porque al regresar al Teatro de la Ciudad encontramos un fax en el que Miller se disculpaba por su ausencia.

Conocí hace varias décadas a Luis Martín, con la obra “Las cartas de Mozart”, en un inmenso auditorio del Tecnológico de Monterrey; un montaje brillante e ingenioso. Después vinieron: “Te juro Juana que tengo ganas”, “Acapulco los lunes”, “Fotografía en la playa”, “Pasaporte con estrellas”, “Rosa de dos aromas”, “Nora”, “La prisionera”, “Tiempo de ladrones”, “Luminaria”, “Silencio pollos pelones, ya les van a echar su maíz”, y “Los días”. En estos montajes pude corroborar el conocimiento, el cariño y profesionalismo que impregnaba en cada una de ellas. Luis Martín ha estrenado obras de Emilio Carballido en Monterrey, antes que en la Ciudad de México; a él debemos la relación con la UANL, y

por supuesto con el Premio “Emilio Carballido”. Desde los inicios de la revista *Tramoya*, ha sido parte fundamental del Consejo Editorial, realizando y proponiendo antologías especialmente de textos del Norte del país.

Es un gran entusiasta del Festival de teatro en homenaje al dramaturgo, que desde hace 11 años se realiza en el Estado de Veracruz; asistiendo continuamente, llevando obras y presentando propuestas al Festival.

Me gustaría finalizar comentando que el nombre de Luis Martín era tema de conversación en casa de Emilio Carballido; y lo sigue siendo como el gran especialista del dramaturgo veracruzano.

Conozco de primera mano sus múltiples facetas

Héctor Romero-Lecanda



Tuve la oportunidad de trabajar con él a mediados de los años ochenta, siendo yo un estudiante de Comunicación, y él productor y conductor principal del programa de televisión “Perfiles”, de la Universidad Regiomontana. Años más tarde, en 1998, invité a Luis a dirigir un espectáculo para celebrar el sesquicentenario de la fundación de Nuevo Laredo. Con “Siglo y medio de esperanza” me quedé impresionado por el Luis Martín historiador. Conocía perfectamente los andares del colonizador José de Escandón y el mito fundacional del Laredo que decidió permanecer siempre con la patria. Constaté de nueva cuenta su talento como dramaturgo y director y su capacidad sorprendente para coordinar en poco tiempo un montaje al aire libre con cientos de actores, músicos y bailarines, que quedó registrado en la historia y grabado en la memoria de los habitantes de la joven ciudad fronteriza.

No se concibe el movimiento teatral contemporáneo del noreste sin Luis Martín. Ha impartido decenas de talleres, coordinado diplomados, y formado compañías teatrales en Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila. Como pocos, ha impulsado, especialmente entre las actrices y actores jóvenes de esta región del país, el montaje de obras de dramaturgos mexicanos, desde Elena Garro y Carballido, hasta Rascón Banda o Legom. Inolvidable la temporada de *Fotografía en la playa* o la presentación de *Un hogar sólido*, con la compañía Río Bravo de Nuevo Laredo, entre las tumbas del panteón municipal antiguo.

De todas las facetas de Luis, la que más admiro es la del ser humano justo y crítico, valiente y responsable. De carácter fuerte y voz que retumba cuando da una instrucción o lucha por un ideal, Luis Martín ha demostrado ser como el mezquite que no se quiebra, o como el sillar, que el tiempo deslava pero no derrumba.

Maestro de maestros

Guadalupe Treviño



Fotografía: Rogelio (Foko) Ojeda. 2022.

Este hombre, creador de espacios escénicos, fundador de grupos teatrales, de escuelas de formación artística, mantiene viva la visión de expansión que lo caracteriza desde hace más de sesenta años. Su oficio es sagrado. Como actor, ha dejado su impronta en memorables caracterizaciones.

Luis Martín no requiere de un aula convencional para ejercer la docencia teatral, en las sesiones

de una dirección escénica, el reto y el nivel de aprendizaje son experiencias internas. Exigente con los resultados, conserva la objetividad, en medio de las tormentas. Una especie de roca le ancla desde su corazón a una de sus grandes misioneras de vida.

Hoy su caminar es más lento, pero su poderío mental es ágil y profundo: su energía está en la sintonía más alta, enfocada siempre en formar un público más ana-

lítico, a preparar a un actor más comprometido. Celebro a quien ha sido mi jefe, mi maestro, mi director escénico, mi compañero y mi amigo.

Luis Martín, maestro de maestros, tanto qué agradecerte.

Que las musas sigan susurrando en tu fuente de inspiración.

* Tomado de la revista “Paso de Gato”, número 88, abril-junio de 2022.



Molière, de Sabina Berman. Compañía de Teatro de la UANL. Aula Magna, Colegio Civil. 2010.

¡Que viva Luis Martín!

Hernán Galindo

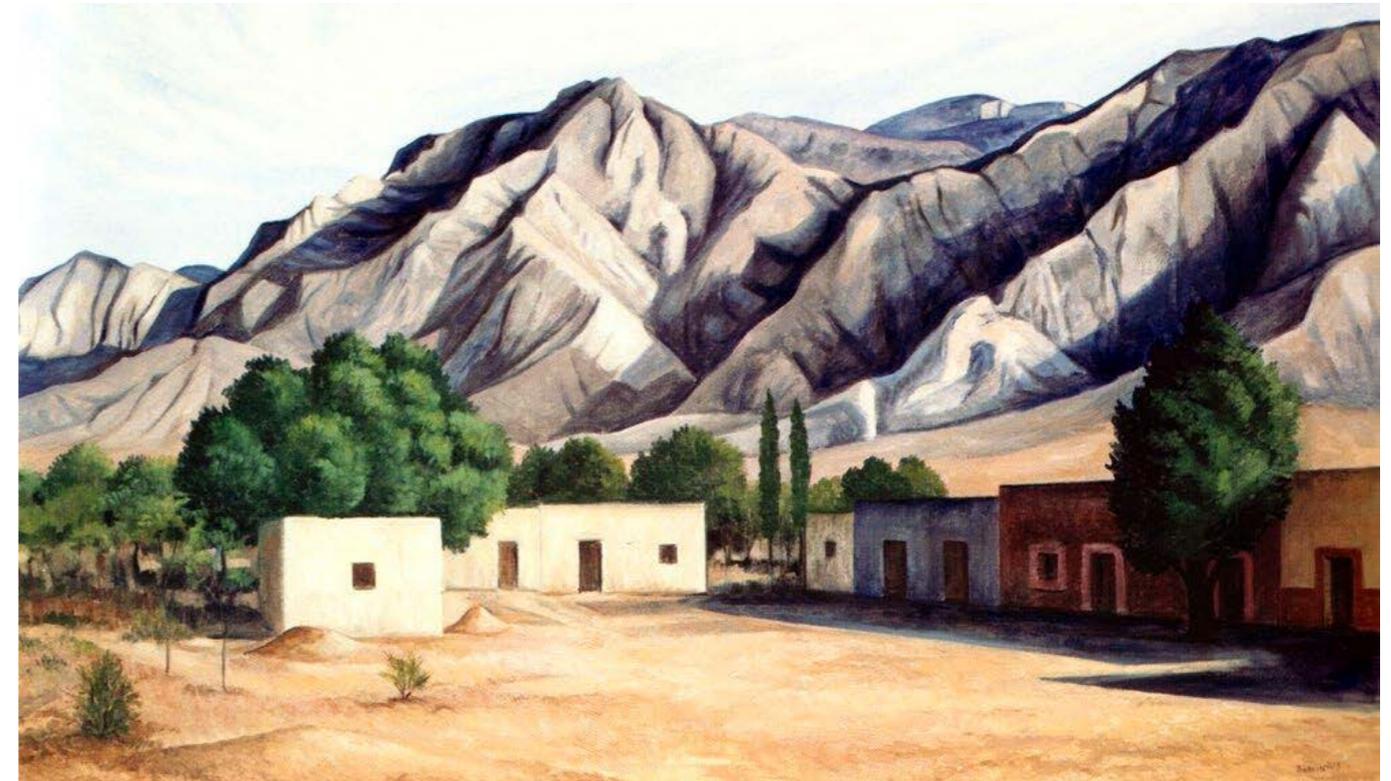
Les cuento del Luis Martín que yo conozco. Siempre ha sido para mí una figura imponente por su carrera, su presencia, su tono de voz y decisión. Por su exigencia característica, por su buen humor. Por su acertada crítica y su detallada manera de ver más allá, con profundo análisis, cualquier tema que se trate. Maestría muy bien demostrada cuando fue director del suplemento cultural “El Volantín”, del hoy llamado Grupo Milenio, así como cada una de sus publicaciones sobre teatro, música y demás artes escénicas del noreste.

¿Por qué Luis Martín no ha sido invitado más frecuentemente a dirigir en la Ciudad de México, digamos, a la Compañía Nacional de Teatro? ¿será que su honestidad respecto a políticas y manejos ha levantado un muro? Es una pena, porque mucho tiene por hacer, crear y enseñar. Luis Martín, a pesar de haber pasado una difícil época de salud y el triste deceso de queridos compañeros teatrales de toda una vida, está más vigente que nunca, con una potencia creativa extraordinaria, actitud ejemplar y deseos de continuar en el ejercicio dramático, sin duda con el mismo fin de toda su vida: generar, compartir, expandir, fortalecer. Hoy en día trabaja minuciosamente en procurar una ley para el beneficio del teatro en Nuevo León. Decir: “¡Que viva el teatro!”, es sinónimo de proclamar: “¡Que viva Luis Martín!”

** Fragmento del texto publicado por el autor en la revista “Paso de Gato”, número 88, abril-junio de 2022.*

Con el afecto de siempre

Saskia Juárez



Conocí a Luis a través de Andrés Huerta. Esto fue antes de casarnos, y fue algo curioso, pues llegó en su típico *vocho*, con unas pacas de alimento para ganado, para llevarlas para una escenografía de una obra que estaba realizando Luis.

Ya casados Andrés y yo, Luis siempre fue parte integral de los amigos, asiduos invitados a las reuniones en los condominios Constitución.

La amistad entre nosotros siempre fue evolucionando, por el interés de compartir los diferentes oficios de cada uno: poesía, teatro y pintura; pero mi relación con él tomó otra dirección cuando tuve mucho interés de hacer escenografía. Para esto tomé un curso completo con Jarmila Maserova (no recuerdo el año), quien me hizo entrar en el fabuloso mundo del teatro, entender ese mecanismo de trabajo en equipo, los tiempos límite, y sobre todo la creativi-

dad de cada uno de los participantes.

Un día me llamó y me dijo que si quería encargarme de una escenografía; y por supuesto que le dije emocionada que sí.

Fue difícil el comienzo, pues había muchas cosas que no me enseñaron, pero siempre tuve ayuda y amigos escenógrafos que me dieron algunas instrucciones de cómo se realiza lo visual del teatro.

Finalmente hice con Luis mi primera escenografía, en “Rosalba y los Llaveros”, de Emilio Carballido; y ese fue el principio de una fuerte relación con Luis como director y yo como escenógrafa. Hicimos una buena cantidad de obras, de Carballido y de otros autores.

Después de más de 50 años seguimos siendo amigos... y seguiremos lo que nos toque de tiempo.

Siempre tendrá mi afecto.

LMG, legado cultural en México

Leticia Treviño



Ricardo Marcos, presidente de Conarte, hace entrega del reconocimiento a Luis Martín. Palacio de Minería, CDMX, marzo de 2019.

Luis Martín es una referencia cultural en Nuevo León y en México. Hablar de él es recordar al académico, al artista, al impulsor de talento, al director artístico y al historiador cultural.

Un hombre exigente consigo mismo y con su trabajo. Con gran sentido del humor y espíritu crítico. Visionario. Comprometido con la preservación de la cultura y patrimonio. Entregado.

Con una mezcla de disciplina, fidelidad a la obra, y estímulo a la interpretación profesional, Luis Martín sabe dirigir la emoción de la representación teatral, conju-

gar los géneros artísticos y destacar lo mejor de las puestas en escena. Trabajar con él es un lujo, una garantía de éxito y calidad.

Muy querido y admirado por sus alumnos. Fue forjador de profesionales.

La historia de la escuela de comunicación de la U-ERRÉ está fuertemente ligada a Luis Martín; él fortaleció los programas académicos, impulsó proyectos televisivos y creó Difusión Cultural.

Felicidades a Luis Martín Garza, su trabajo artístico es un legado cultural en México.

80 Aniversario del Maestro

Francisco de Luna



El último día de Bernardo, de Ricardo Marcos. Cristóbal Alanis y Francisco de Luna. PROTEAC. Aula Magna, UANL. Febrero de 2022. Fotografía: Eduardo González.

En 1991 entré a estudiar al Centro de Estudios Teatrales en las aulas del Teatro de la Ciudad; en el área de recepción escuché una voz potente –es el Maestro Luis Martín, director del teatro, me dijeron–; esa es la primera referencia que tengo en vivo de nuestro querido maestro. En aquella época asistí a infinidad de obras de teatro y espectáculos de primer nivel, que el Maestro Luis Martín traía a Monterrey, tanto de la CDMX como del interior de la República y de diversas partes del mundo; esos montajes fueron el complemento idóneo para mi preparación inicial en teatro y un gran referente moti-

vacional.

Años más tarde, en el 2010 para ser exactos, el Maestro me invitó a actuar por primera vez bajo su dirección escénica, en “Molière” de Sabina Berman, en el escenario del Aula Magna de la UANL. Su entrega y pasión al dirigir contagian sobremanera en cada ensayo; hay una frase del diálogo de Hamlet a los cómicos que el Maestro usa con frecuencia para recordarnos el compromiso que un actor debe a su trabajo en escena: “La acción debe corresponder a la palabra y la palabra a la acción”; la primera vez que lo escuché decirla fue como si el mismo Shakespeare lo estuviera

guiando. Después de ese primer montaje vinieron muchos más hasta el día de hoy; y cada vez me sorprende ver cómo piensa en cadena un proyecto tras otro, no solo escénico, también de investigación e historia. Su entrega es ejemplo y motor de seguir adelante.

Me siento realmente afortunado de vivir en tiempo y espacio con uno de los pilares de nuestro teatro, creando de la mano, aquí y ahora, tanto personajes como diseño de producciones.

¡Felices 80 años, amado Maestro Luis Martín!

¡Bravo!

Agradecida con su ardid

Karina Esquivel



La visita de la vieja dama, de Friedrich Dürrenmatt. Compañía de la Facultad de Artes Escénicas, UANL, 2013.
Fotografía: Rodolfo Maldonado (Roche).

Conocí a Luis Martín a mi llegada a Monterrey en el año 85. Casi inmediatamente me dio su voto de confianza, invitándome a ser su asistente en una ópera que estaba dirigiendo por aquellos tiempos. Unos años más adelante, coincidimos como docentes en la Escuela del Teatro de la Ciudad. En el año 2010, Pedro Castro nos invita a Luis y a mí a trabajar con él en la puesta en escena del texto ganador del Premio Nacional de Dramaturgia “Emilio Carballido” 2009, bautizado “Figuras de lluvia” por su autor, Medardo Treviño y que en el montaje de Castro se llamaría “Río de culpas”, para no crear confusión con el texto de Hernán Galindo, Premio Nacional de Teatro UANL 2004, “La gente de la lluvia”. Habiendo trabajado a su lado como asistente, como colega y compartiendo escena, llegó el momento de trabajar bajo su dirección en la puesta en escena, “La visita

de la vieja Dama”, de Friedrich Dürrenmatt. Me invitó a interpretar a Clara Zachanassian, papel que había sido mi sueño poder interpretar algún día, pero en esos momentos (2012) estaba muy cargada de trabajo y con el dolor de mi corazón le dije que no. Él tuvo la primera reunión con los estudiantes de la Facultad de Artes Escénicas, quienes habían acudido al llamado para la audición; y después de eso, subió a mi oficina en la dirección de la facultad para decirme: “Los chavos están muy entusiasmados por el texto y porque van a trabajar contigo”; “¿conmigo?” –le dije–; y me respondió: “Sí, les dije que tú ibas a ser Clara, ahora diles tú que no puedes.” Así se las gastaba Luis Martín para conseguir sus metas. Luego supe que “La visita” era un sueño también para él. Siempre estaré agradecida con ese ardid.

Coherente en el teatro y en la vida

Dante Vargas



Cero, de Ingrid Cruz Cebada. PROTEAC. Teatro del Estado, Xalapa, Veracruz. 2018.
Fotografía: Arturo Gamboa.

*De la acción a la palabra
y de la palabra a la acción.*
Luis Martín

Cuando eres joven, tienes más preguntas que respuestas. Tenía 17 años, y a mis papás en mi contra, porque había decidido estudiar teatro; me encontraba en una ardua misión de buscar el sentido de la existencia, tratando de entender por qué hacía todo lo que hacía y cuál era su fin. El maestro Luis Martín ayudó mucho en esa misión de vida.

La acción de un maestro dentro de un aula es trascendental en la vida de sus estudiantes. Yo recuerdo pocos maestros interesados verdaderamente por sus alumnos. El maestro Luis Martín siempre nos observaba; ahora con el tiempo que llevo de conocerlo, no me queda duda que éramos su objeto de estudio; si algo sabe hacer el maestro es entender los comportamientos humanos. Luis Martín fue el primer maestro que mostró un interés genuino en mí; le interesaba nuestro trabajo en el aula, pero también lo que pasaba en nuestras vidas; le gustaba conversar con nosotros, nos daba consejos, nos contaba chistes, sentíamos su estima y que le importábamos; también tendré que

mencionar que tenía estilos únicos y fascinantes para hacer accionar a sus actores en escena.

Para conocer la esencia de Luis Martín tendrían que verlo dirigir un ensayo. “Libertad, libertad...” fue la primera oportunidad que tuve de trabajar con él. Gracias a esa obra muchos pudimos conectar con la esencia de nuestra futura profesión: hacer teatro. Recuerdo en el montaje a Antonio Trejo, Roberto Cázares, Karen Martí, Luis Rodríguez, Fabián Valezi, Isabel del Bosque, Daniel Gutiérrez, Mariana Cruz, Salma Guzmán y Jairo Charles (qepd). De ahí recuerdo la famosa frase: “De la acción a la palabra y de la palabra a la acción” ¿Qué significa? Ser coherente con lo que sientes, piensas y haces.

Y si alguien es coherente en el teatro y en la vida es Luis Martín. Es un hombre de teatro, un líder nato, un hombre adelantado a sus tiempos, un luchador social, un pensador extraordinario, alguien que ya forma parte de nuestra historia, una leyenda, un gran amigo, un maestro de vida.

La oportunidad de acompañarlo

Yojana Góngora

El maestro Luis Martín ha estado presente en todos los momentos importantes de mi vida; y de igual manera, él me ha regalado la oportunidad de acompañarlo en las buenas y en las no tan buenas. Para mí es parte de la familia. Recuerdo que un día estábamos en un restaurante, cuando el

maestro jugaba con mi hija, que en ese tiempo tendría un año. La mesera vio la escena y dijo: “qué linda su nieta”. Nadie dijo nada, ni siquiera tratamos de corregirla. El maestro sonrió y los demás agradecimos el comentario.



“¡Qué linda su nieta!” Y no dijimos nada...

La temporada continúa

Alfonso Teja

Se apagan las luces en el escenario.

Comienza a descender el telón... al tiempo que, en la sala, se escuchan loas, alabanzas y palmas.

Se encienden las luces generales y, como público, podemos vernos los que estamos. Pero no estamos igual que cuando entramos... ahora, ¡nos vemos diferentes!

Hay sonrisas y también lágrimas que adornan mejillas sonrosadas con ojos que brillan...

Cada uno de nosotros, los que ocupamos una butaca, tenemos interiormente una sensación nueva, diferente, que nos distingue de las personas que éramos al llegar a la sala. La obra ha logrado su cometido.

El acto concluyó, pero sabemos que el espectáculo debe continuar... y afortunadamente la temporada continúa. Esperamos encontrarnos por aquí en la próxima función.

Larga vida al teatro y larga vida a quienes lo hacen posible.

¡Gracias, Luis Martín!

Anexo Fotográfico



Integrantes del Teatro Experimental de la Preparatoria N° 1, de la UNL, en 1961.



Esperando a Godot, de Samuel Beckett. 1962.



La prostituta respetuosa, de Jean Paul Sartre. Escuela de Teatro UNL. Director: Daniel Dimas. Julio de 1959. Fotografía: Alvaro Ríos.



Inauguración del Teatro Arlequín. Al centro, la madrina del estreno: Ofelia Guilmain. 1966.



Inauguración del Teatro Mayo. Socios y fundadores: Jorge Lozano, Refugio Luis Barragán, Minerva Mena Peña, Luis Martín y Pedro Cristerna. Junio de 1968.



Virgilio Leos, Víctor Hugo Rascón Banda, Hugo Argüelles, Luis Martín, Emilio Carballido y Víctor Tinoco. Teatro Mayo. 1980.



Medea, de Eurípides. Blanca Torres. Explanada del Obispado. 1963.



Medea, de Eurípides. Diseño de vestuario: José Solé.



Cheri, de Colette. En ensayo con Erna Martha Baumann y Enrique Álvarez Félix. Teatro del Bosque (hoy Julio Castillo), CDMX. 1969. *Fotografía*: Aníbal Angulo.



El pequeño caso de Jorge Lívido, de Sergio Magaña. Teatro Monterrey del IMSS. Agradeciendo al público con el autor. 1977.



Androcles y el león, de George B. Shaw. Compañía de Teatro del IMSS Monterrey. 1964.



Los hijos de Sánchez, de Vicente Leñero. Auditorio San Pedro. 1984.



Las troyanas, de Eurípides. Compañía de Repertorio, Universidad Regiomontana. 1978.
Fotografía: Juan José Cerón.



El deseo, de Víctor Hugo Rascón Banda. PROTEAC, Sala Ponce, ESMD. 2012.
Fotografía: Enrique Gorostieta.

world view
PRODUCTIONS, INC.
PRESENTS:

Cayendo con Victoriano

Written by
Luis Enrique G. Ortiz Monasterio

Directed by
Luis Martín

Artistic Direction and Production
Alfredo Huereca

Production
Raymond Polanco

Assistant Director and Production Assistant
Blanca Citlali Arellano

Costume Designer
Jorge Castilla Casares

Opening Night (Estreno)
Thursday
April 28, 2011, 7:00 PM

Special 'Cinco de Mayo' Performance
May 5, 2011, 7:00 PM

Smartix
www.smartix.com
212-868-4444

For more information
call 718-812-8709
or email at
info@worldvproductions.com

* Performances in Spanish with English subtitle

Featuring in order of appearance:
Ana Veronica Munoz
Alfredo Huereca
Raoul Breton
Bill Blechingberg
Ricardo J. Salazar

16 performances only!
Roy Arias Theatre Center at the Times Square Arts Center
43rd St and 8th Ave, New York, NY
April 28 - May 28, 2011 / Fri - Sat, 7:00 PM, Sun, 3:00 PM












Cayendo con Victoriano, de LEGOM. NYC of Broadway, 2011.

RAPSODIA



Luis Lauro Garza



Horacio Flores



DESTAPAN

LA NOTA DEL DÍA

MARTES y JUEVES 17:00 H

facebook

15diario TV

YouTube

Desde Monterrey, Nuevo León, México



UANL

e-UANL Campus Digital La App a tu servicio



La
excelencia
por principio
la **educación**
como instrumento



DESCÁRGALA
AQUÍ

